



Libros del Asteroide



Isabela Figueiredo

Cuaderno de memorias coloniales

Traducción de Antonio Jiménez Morato



Isabela Figueiredo

Cuaderno de memorias coloniales

Traducción de Antonio Jiménez Morato

Libros del Asteroide 

Cuaderno de memorias coloniales

1

Manuel dejó su corazón en África. También conozco a quien dejó allí dos coches, un vehículo todoterreno y una camioneta, además de una furgoneta, dos casas, tres fincas y la cuenta en el Banco Nacional Ultramarino, ya convertida a meticales.³

¿Quién no fue dejando en cualquier sitio sus muchos corazones?

2

Los blancos buscaban a las negras. Las negras eran todas iguales y ellos no distinguían a Madalena Xinguile de Emília Cachamba, a no ser por el color de la *capulana*⁴ o por la forma de la teta, pero los blancos se metían hasta el fondo de los chamizos, sabiendo adónde iban o no, buscando el coño de las negras. Eran unos aventureros. Incansables.

Las negras tenían el coño grande, decían las mujeres de los blancos, las tardes de los domingos, en la tertulia íntima bajo el enorme anacardo donde se reunían todas, con la barriga hinchada de los langostinos a la brasa, mientras los maridos salían a dar su vuelta de hombres y las dejaban para que desoxidaran la lengua, porque las mujeres necesitan soltar la lengua unas con otras. Las negras tenían el coño grande, pero ellas decían las partes bajas o las vergüenzas o el asunto. Las negras tenían el coño grande y esa era la explicación de que pariesen como lo hacían, agachadas, mirando al suelo, en cualquier sitio, como los animales. Su coño era grande. El de las blancas no, el suyo era estrecho, porque las blancas no eran unas perras fáciles, porque el coño sagrado de las blancas solo lo conocía el marido, y poco, y con dificultad; eran muy estrechas, por tanto muy serias, y convenía que unas tuviesen muy claro esto de las otras. Las blancas se limitaban al cumplimiento de sus obligaciones matrimoniales, siempre de modo sacrificado, por lo que la fornicación era dolorosa, y evitable, y por eso los blancos buscaban el coño de las negras. Las negras no eran serias, las negras tenían el coño grande, las negras gemían en voz alta, porque las perras disfrutaban con aquello. No valían nada.

Las blancas eran mujeres serias. ¿Qué amenaza constituía para ellas una negra? ¿Qué diferencia había entre una negra y una coneja? ¿Qué blanco reconocía los hijos de una negra? ¿Cómo era posible que una negra descalza, con la teta colgando, llegada de las chabolas y que apenas sabe decir sí, patrón, cierto, patrón, dinero, patrón, sin documentos de identidad, sin libreta de asimilada, pudiera probar que el patrón era el padre de la criatura? ¿Qué negra quería ganarse una paliza? ¿Cuántos mulatos conocían a su padre?

Los viejos entraban en las chabolas y pagaban con cerveza, tabaco o *capulana* por metros a la negra que les apeteciese. Por las buenas o por las malas. Después se abrochaban la bragueta y se largaban a sus hogares intachables. ¿Cómo podría saber nadie de dónde eran y cómo se llamaban? Los blancos mantenían a la mujer en algún lugar en el centro de la ciudad o en la metrópoli. Y allí volvían.

Las incursiones sexuales en las barriadas de chabolas no ensombrecían su futuro, porque una negra no reclamaba una paternidad. Nadie le daría crédito alguno.

Pero, si así lo quería, un blanco podía casarse con una negra. Esta ascendería entonces socialmente y pasaría a ser aceptada, con reservas pero aceptada, porque era la mujer de Simões, y por respeto a Simões... Era algo frecuente en el caso de los cantineros y campesinos que vivían lejos de la ciudad, hombres situados en los márgenes de la sociedad colonial decente, que antes o después se asalvajaban.

Para una blanca, asumir la unión con un negro implicaba el destierro. Un hombre negro, por muy civilizado que fuese, nunca sería lo suficientemente civilizado.

Mi padre, ya después del 25 de Abril, de vuelta en Portugal, se rebelaba cuando veía a una blanca con un negro. Se quedaba mirando a la pareja como si viese al diablo.

Yo le decía, deja de mirar, ¿qué es lo que te interesa tanto? Me respondía que yo no sabía nada, que un negro nunca podría tratar bien a una blanca, como ella merecía. Era otra gente. Otra cultura. Unos perros. Ah, yo no entendía. Ah, yo no podía comprenderlo. Ah, yo era una comunista. ¿Cómo era posible que yo hubiera terminado siendo comunista?



Los mangos inclinaban los árboles, pendiendo de sus tallos verdes, en racimos. Pesaban tanto, gordos, rosados, que doblaban las ramas hasta tocar el suelo. Por el tallo que sostenía el fruto se escurrían gotas viscosas de resina transparente.

Las negras vendían mangos en el bazar de Lourenço Marques, los ponían en el suelo, en fila. Las negras vendían todo colocándolo en el suelo, en cualquier lugar; extendían una *capulana* vieja y armaban montones de tomates, de raíces, de mangos, de cacahuetes.

Todo lo que las negras vendían había salido de las tierras que cultivaban, pero no les pertenecían, y todo se podía comer. Las negras vendían para poder comer ellas y sus hijos y los hombres, que nunca son de nadie.

Un blanco y un negro no eran solo de razas diferentes. La distancia entre blancos y negros era equivalente a la que existe entre especies distintas. Ellos eran negros, animales. Nosotros éramos blancos, personas, seres racionales. Ellos trabajaban para el presente, para el aguardiente de caña del «día de hoy»; nosotros, para poder pagar la mejor urna, la mejor ceremonia el día de nuestro funeral.

Una blanca no vendía mangos salvo que fuera al por mayor, a otros blancos que los distribuían. Una blanca no vendía mangos en el suelo, o de puerta en puerta. Pero yo era una pequeña colona negra, hija de blancos. Una negrita rubia. Y la pequeña colona negra que yo era vendía mangos colocándolos en montoncitos junto a la puerta exterior de la hacienda. Tres mangos, con uno más encaramado encima. Cuatro mangos: cincuenta centavos. Yo sabía que era barato, pero convenía vencer la desconfianza de los negros que pasaban frente al puesto, que volvían a pie de la jornada y se topaban con la pequeña colona sentada en el suelo, con las piernas cruzadas, atendiendo ese pequeño puesto de mangos, que montaba sobre una caja dada la vuelta que hacía las veces de mostrador. Era necesario que el precio fuese muy atractivo para que se atrevieran a perder el miedo y se aproximaran a la niña blanca-negra igual a ellos. «¿Cuánto es?», preguntaban de lejos. «Cincuenta centavos», respondía. Y entonces se acercaban, vacilantes, sorprendidos pero sonrientes. Recuerdo la sonrisa enorme de los negros. La sonrisa completa, con los dientes muy blancos de masticar ramas. Y compraban. Eran los mejores frutos de mi mango, reventando de zumo y carne, con un vivo color rosa y salmón. Solo una moneda de cincuenta centavos. Los cuatro.

Vender mangos en la puerta, a escondidas de mi madre, era una transgresión que no comprendía ni me resistía a cometer.

Era ser aquello para lo que había nacido.



El joven se encontraba frente a mí en la cola de la caja, con un montón de galletas y chocolate. Era oficial de Marina. Chaqueta negra, gorra blanca, muy cuidada, muy elegante. Sobre la manga izquierda del abrigo, arriba del todo, en una tira de paño bordada en oro, se leía Mozambique. Aquel chico atrapó mi atención. Sentí el impulso de llamarlo y decirle, mire, disculpe, solo quería decirle que yo también soy de Mozambique. Pero después no lo hice. Sería algo ridículo. ¿Le interesaría a él saber que existe dentro de mí una tierra de la cual me desterraron? Enseguida pensé que quizás fuese su apellido. El chico se llamaría Tiago Mozambique como otros se llaman José Portugal. Se fue en dirección a Alfeite³² y lo seguí, orgullosa de su aplomo.

Los desterrados son personas que no pudieron regresar al lugar donde nacieron, con el que cortaron los vínculos legales, no los afectivos. Han pasado a no ser deseados en las tierras donde nacieron, porque su presencia trae malos recuerdos.

En la tierra donde nací sería la hija del colono. Pesaría sobre mí esa mácula. Las más que probables represalias. Pero la tierra donde nací existe en mí como una mancha de anacardo, imposible de ocultar.

¡Persigo a oficiales de la Marina que traen escrita, en la manga de la chaqueta, la palabra Mozambique!

Pasaron décadas por la niña que atendía a los negritos que con apenas media docena de años pedían trabajo en la puerta, descalzos, desharapados, hambrientos, y llamaba a mi madre, trabajo no había. Yo sabía que no lo había. Y aun así, la llamaba. Existía la esperanza de que de repente hubiese hierba que cortar, o una moneda, pan. A veces mi madre estaba de buen humor. A veces se compadecía de los niños.

Ellos y yo no hablábamos la misma lengua. Apenas alguna palabra suelta. Los miraba mucho, y ellos a mí. Por ejemplo, ahora mismo estoy observándolos a través del tiempo, y encuentro una perplejidad en sus ojos, un vacío, un hambre, y en los míos una impotencia, una incompreensión que no puede ser explicada de ningún modo.

Mozambique es esa imagen detenida de la niña al sol, con las trenzas rubias impecablemente peinadas, frente al niño negro cubierto de tierra, casi desnudo, hambriento, en un silencio donde nadie sabe qué decir, mirándose el uno al otro desde el mismo lado y desde los lados opuestos de la justicia, del bien y del mal, de la supervivencia.

Un desterrado es también una estatua de culpa. Y la culpa, la culpa, la culpa que dejamos crecer y enredarse dentro de nosotros como una enredadera indecisa, nos ata al silencio, a la soledad, al incomprensible destierro.

Nota biográfica

Isabela Figueiredo nació en 1963 en Lourenço Marques, actual Maputo, capital de Mozambique. Sus padres eran oriundos de Portugal, país al que regresaron tras la independencia de Mozambique en 1975. Se licenció en Lengua y Literatura Modernas en la Universidad Nueva de Lisboa y se especializó en Estudios sobre la Mujer en la Universidad Abierta de Portugal. Ha publicado *Conto é como quem diz* (1988), por el que recibió el premio de la Mostra Portuguesa de Artes e Ideias, *Cuaderno de memorias coloniales* (2009; Libros del Asteroide, 2021), un gran éxito de crítica y público que se ha convertido en una obra de referencia en su país, y la novela *A Gorda* (2016).

1. Así se denominó al régimen dictatorial encabezado por Salazar como primer ministro y que su sucesor, Caetano, prolongó. (*Todas las notas son del traductor.*)
2. Los nombres de barrios y localidades, tanto de Mozambique como de Portugal, aparecen sin traducir y sin notas, contando con la facilidad actual para realizar una búsqueda de la ubicación.
3. Moneda de curso legal en Mozambique.
4. La *capulana* es el término que designa en Mozambique el tipo de tela estampada con colores y formas vistosas que asociamos a la cultura negra africana. Consiste en una pieza de tela de un metro por dos que puede ser usada como pareo, falda, portabebés, etc., dependiendo de cómo se doble y disponga la prenda.
5. Marca de radios portátiles baratas.
6. Música y baile sincréticos surgidos de los ritmos tradicionales africanos y la música occidental. Se origina a finales de la década de 1930, aunque es en la de 1950 cuando alcanza popularidad.
7. Los *landins*, también conocidos como *vátuas*, son los indígenas mozambiqueños al sur del río Save. La lengua landim es su dialecto.
8. En español, «placeres».
9. Árbol de la familia Meliaceae cuyo nombre científico es *Trichilia emetica*. Es habitual tanto de Angola como del sur de Mozambique. Da frutos de los que puede obtenerse un aceite.
10. Término adoptado de la lengua ronga, que significa «muchacho» o «joven».
11. Marca de helado. El nombre es la deformación coloquial de «Que bom!» (¡Qué bueno!).
12. *Fado, historia de una cantante* es una película de 1947 protagonizada por Amália Rodrigues, gran estrella de este género musical portugués.
13. Película portuguesa estrenada en 1970.
14. Así se llaman en Mozambique los asentamientos de chabolas.
15. Mezcla de vino blanco con gaseosa.
16. Así se llamaba en la época lo que hoy es la Central Térmica de Gas situada entre la carretera que une Matola y Maputo y la
17. Periodo de gobierno de Marcelo Caetano, heredero de Salazar en el cargo de primer ministro, que también gobernó dictatorialmente hasta la revolución del 25 de abril de 1974, evento este último que no solo trastocó el régimen político portugués sino que supuso el pistoletazo de salida para el proceso de descolonización.
18. *Turra* era el modo despreciativo en que las tropas portuguesas se referían a los miembros de las guerrillas independentistas.
19. Grupos étnicos que habitan el norte de Mozambique.
20. Frente de Liberación de Mozambique.
21. La toma de las instalaciones del Radio Club por parte del Frente Integracionista de Continuidad Occidental, organización creada por blancos con algunos disidentes negros del FRELIMO descontentos con la opción de un régimen de partido único, fue una acción que desencadenó la violencia ejercida por los partidarios de Samora Michel a su entrada en Lourenço Marques. Este es un episodio histórico determinante para entender cómo se sucedieron los hechos en el proceso independentista mozambiqueño.
22. Así se denomina en Mozambique a la mujer casada o de alguna edad. La traducción más ajustada acaso sea «doña» o «señora», pero tampoco sería exacta.

23. El jabón de macaco era el nombre local que recibió el clásico jabón azul y blanco portugués, hecho de grasa saponificada. El jabón de Castilla es el nombre por el que se conoce en todo el mundo al jabón tradicional que se realiza con aceite de oliva, lo que le da su característico color amarillo, y que ha sido comercializado en España mediante conocidas marcas como Lagarto.
24. António de Almeida Santos fue un importante político que, aun que nacido en Portugal, destacó como uno de los líderes de la oposición democrática en Mozambique durante la dictadura de Salazar. Fue uno de los que conoció más de cerca a los líderes del FRELIMO, y en sus memorias explicó buena parte de los episodios violentos del proceso descolonizador. Spínola lo invitó a formar parte de los primeros gobiernos de la transición democrática portuguesa. Terminó su carrera política como miembro del Partido Socialista portugués,
25. Así se llama en Mozambique al *cannabis sativa*.
26. Los enemigos de la revolución.
27. Miembro del FRELIMO y líder del movimiento revolucionario, fue el primer presidente de Mozambique. Murió en 1986 en un accidente aéreo, se sospecha que fue una operación de los servicios secretos sudafricanos.
28. Esposa de Machel, fue ministra de su gobierno y a la muerte de su esposo dimitió. Más adelante fue la esposa de Nelson Mandela hasta la muerte de este. Es la primera persona en el mundo que ha sido primera dama en más de una nación.
29. Presidente del FRELIMO hasta su asesinato en 1969.
30. Joaquim Chissano. Miembro del FRELIMO, tras la muerte de Machel fue elegido presidente del país, por lo que fue el segundo presidente de Mozambique.
31. En los países lusófonos se denominó así a la descendencia de un cruce de negro y mulato. En el sistema de castas colonial hispano se los llamó «galfarros».
32. Alfeite es una población situada en la ribera sur del estuario del Tajo donde están ubicadas instalaciones navales como el arsenal y la Escuela de la Marina.